

marco de forma trapezoidal. El artefacto, para ser cómoda y seguramente mantenido en el aire, estaba dotado de un mango de madera bastante largo.

Hay que imaginar la destreza de los jefes mochicas en el manejo de la estólica, que les permitía herir a las aves en pleno vuelo con seguridad absoluta, como dar caza a los venados en el vértigo de su carrera.

Cuando iban de pesca, los grandes señores mochicas igualmente se servían de numerosos acompañamientos, y se valían para el ejercicio de este deporte de sus gallardas y raudas balsas de totora. La figura No. 419 ilustra claramente este aspecto de la vida de los grandes señores mochicas.

ADMINISTRACIÓN DE JUSTICIA

En el presente trabajo hemos destacado el hecho de que el gobierno mochica se singularizó por las rígidas normas éticas que inspiraron su desenvolvimiento, y se derivaba de ellas un extraordinario celo para premiar los actos buenos, así como dureza excesiva que llegaba, a veces, hasta el más cruel refinamiento para castigar las faltas. Tan férrea era la justicia mochica, que en muchos casos era la muerte la que ponía sangriento y dramático epílogo a la vida de un reo cuando sus delitos se juzgaban graves.

De acuerdo con la magnitud de las faltas y delitos, se aplicaron castigos cuya dureza crecía de conformidad con la gravedad de aquéllas. El mochica era inmisericorde en su afán de extirpar el mal, y prueba fehaciente de esta mora severísima la encontramos en las representaciones escultóricas y pictóricas de su arte alfarero, en el que asoma con frecuencia el gesto amargo, la mueca espeluznante y el esguince patético de los mutilados, personas a las que se les despojaba de labios, pies, nariz, ojos y otros órganos (Figs. Nos. 214 a 219).

La pena que se infligía a quienes habían atentado contra el orden y costumbres mochicas no tenía por límite las mutilaciones, sino que también, con ella, se trataba, a expensas del penado, de conseguir un ejemplar escarmiento e infundir terror en quienes presenciaban los resultados de la dolorosa acción. Y en efecto, los mutilados, llevando sonajas en las manos y collares de “mainchiles” (semillas huecas que hacían de cascabeles) alrededor del cuello, eran obligados a recorrer las calles, las plazas y todos los lugares densamente poblados a fin

de que llamaran la atención del vecindario, que los contemplaría, sin duda alguna, horrorizado (Fig. No. 220). En muy raros casos los mutilados no llevaban sonajas.

En los castigos se establecía una escala o progresión, atendiendo a las reincidencias cometidas por los delincuentes. La figura No. 221 nos presenta a un mutilado que cayó en reiteradas faltas y que posiblemente fue famoso en los valles de Santa y Virú, pues encontramos repetida con mucha frecuencia su figura, que debió impresionar vivamente a los artistas que han dejado un recuerdo perenne de ella, y convirtieron a su personaje en un tipo digno de las tragedias griegas o de los suplicios, que poblaron la calenturienta imaginación de Dante para volcarse en su obra inmortal.

Observando las representaciones escultóricas, hemos notado que la primera mutilación consistía en la amputación de la nariz y el labio superior. Como el daño causado a la víctima era espantoso, para atenuarlo en algo se le cocía los extremos de la boca. Más tarde, el mismo individuo que había sufrido la operación que describimos –posiblemente un reincidente– proyecta su torva y lacerante figura, con ambos pies amputados, en actitud de arrastre doloroso, llevando un palo en la diestra.

Como ya hemos subrayado, la mutilación de la boca era tan tremenda, que quien la sufría hubo de hallarse imposibilitado de ingerir alimentos, ya que la comida y muy especialmente los líquidos tenían que caérsele por las comisuras. La situación era tan penosa para estos desafortunados (simples pingajos humanos), que tenían que someterse a una operación quirúrgica a fin de que se les redujera el tamaño de la boca por medio de suturas en sus extremos. Pero como el labio superior había sido totalmente extirpado, siempre quedaba la boca muy defectuosa, contraída en una horrible mueca (Figs. Nos. 223 y siguientes).

La pena capital no fue desconocida entre los mochicas y era aplicada en los casos en que la falta asumía caracteres de suma gravedad, como el adulterio, que tan intensa y hondamente hería la sensibilidad de este pueblo. En el huaco que se presenta en la figura No. 226 es posible apreciar una escena de castigo máximo que lo sufren posiblemente dos adúlteros. Tanto el hombre como la mujer han sido fuertemente amarrados a gruesos troncos que emergen en una altura. Se les ha despojado de sus vestiduras y las sogas, de



Fig. No. 214.- Tipo de mutilado, expresión artística comúnmente hallada en el valle de Santa.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera



Fig. No. 215.- Un mutilado de la nariz y los pies.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (042-002-009)



Fig. No. 216.- Otro mutilado. Nótese la tremenda expresión de dolor que contrae todo su ser, al habérsele cortado ambos pies.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (042-003-006)



Fig. No. 217.- Mutilado horrorosamente desfigurado, nuevo tipo de castigo que sólo encontramos en huacos de esta técnica.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (042-004-009)



Fig. No. 218.- Otro mutilado de la misma época que el anterior.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (042-004-007)



Fig. No. 219.- La mueca espantosa del hombre al que le han cortado los labios. El arte mochica exhibe su perfección.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (069-003-004)

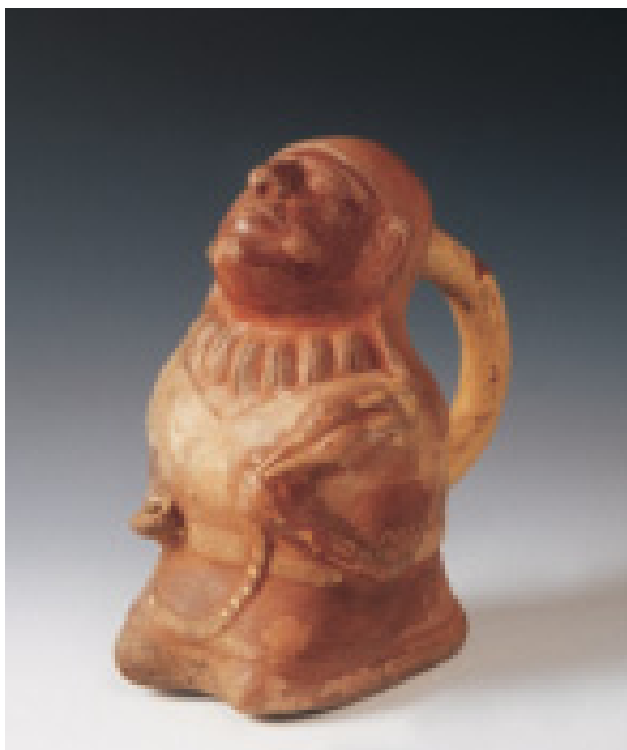


Fig. No. 220.- Un mutilado sosteniendo unas sonajas en las manos y llevando un collar de mainchiles (cascabeles naturales).
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (043-007-008)



Fig. No. 221.- Otro mutilado, montado sobre una llama para ser transportado de un lugar a otro.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (041-002-001)



Fig. No. 222.- Mutilado arrastrándose porque se le han amputado los pies.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (XXC-000-160)



Fig. No. 223.- Mutilado que se nos presenta en dos fases de la operación: (a la derecha) cuando sólo se le había cortado la nariz y los labios; y luego (a la izquierda) con ambos pies amputados.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (042-004-002; 041-004-005)

regular grosor, dan vueltas alrededor de los pies y las manos levantadas de los ajusticiados.

Inmovilizados los reos ante la expectación angustiosa de crecida muchedumbre, el verdugo, armado de fino instrumento cortante, con la habilidad del más experto cirujano, iba separando cuidadosamente la epidermis y la parte carnosa de la cara, y dejaba a ambos costados un signo escalonado perfectamente delineado, para luego dejarlo caer como velo o pectoral sobre el pecho, y así ofrecer el horrible espectáculo de seres vivos con caras desprovistas de carne que mostraban los huesos de color cremoso. Los ojos sin párpados permanecían dentro de las órbitas, reflejando los despiadados dolores del suplicio. La mandíbula inferior, que permanecía en su sitio sostenida sólo por los músculos, daba, con el movimiento de abrir y cerrar la boca, el último brochazo al macabro espectáculo. Esta escena crudelísima debió impresionar mucho a los circunstantes. Terminada la bárbara operación, como a perros rabiosos, se apedreaba a los infelices hasta lograr, tras una agonía espantosa, su muerte. Finalmente, los despojos de las víctimas eran abandonados en el campo para servir de presa a las aves de rapiña (Fig. No. 227).

En algunos casos en que los castigados recibían mutilaciones, para conseguir después su muerte lenta, eran confinados en casas especiales, ubicadas lejos de los centros urbanos, donde abandonaban la vida, sujetos a todos los desprecios y privaciones (Fig. No. 228).

Vistos los suplicios descritos, no es posible concebir mayor crueldad. Los mochicas, así como fueron muy refinados en su arte e industrias, lo fueron también en sus pasiones, a las que dieron rienda suelta sin el menor reparo: de ahí su justicia inhumana. He aquí, pues, como contraste, el lado sombrío que ofrece la cultura del gran pueblo que estudiamos.

El Museo Rafael Larco Herrera posee centenares de vasos a los que se denomina bustos retratos, dado su asombroso realismo. En ellos, no sólo se aprecian los rasgos fisonómicos de los antiguos jefes, sino algo más

importante: su espíritu, el que nos revela claramente la existencia de la clase gobernante, de esa jerarquía aristocrática de la raza, caracterizada por finísimas facciones y singulares expresiones de superioridad.

Así, descubrimos la energía dominadora y subyugante, cualidad posiblemente definida de los guerreros y constructores; la bondad y austera justicia; la rectitud del carácter y el imperio del poder; la sapiencia y lo augusto del refinamiento del arte. Y algo más, en todos, desbordándose a torrentes, la fuerza emotiva de la inteligencia y las excepcionales dotes de dirigentes sagaces y fuertes.

Hay personajes, como el que aparece en la figura No. 201, que hemos podido seguir en la representación escultórica, actuando en su vida de gobernante, desde su niñez hasta el instante en que el peso de los años marca su huella profunda en las facciones que tiene y consagra.

Esta jerarquía aristocrática, dueña de la ley y del poder, que tuvo en sus manos el gobierno del pueblo mochica, fue, pues, la que trazó la trayectoria luminosa de organización que hoy se abre a nuestro entendimiento.

Conquistaron las tierras necesarias para el normal y fructífero desarrollo de la población, y dentro de ella implantaron la más admirable técnica agrícola del pasado, sujeta a principios netamente científicos; impulsaron una floreciente minería, cuyos secretos nos son todavía desconocidos; cruzaron su territorio de magníficos caminos y fomentaron las artes, y consiguieron una elevación espiritual para su pueblo que se tradujo en las más notables pictografías, esculturas, tallados y sonos musicales de deleite. Todo esto cobra mayor gloria frente al imperio de una hermosa religión monogenista, signo de la más elevada cultura, bajo cuyos emblemas surgieron los monumentales templos que hoy causan admiración, templos sólo contruidos gracias al calor del amor del pueblo, sabiamente orientado hacia la acción de una fe robusta, que es precisamente la que levanta esta civilización, que no tiene igual en el Perú prehistórico.



Fig. No. 228.- Solitaria casa donde expiaban su castigo los mutilados. Obsérvese a dos de ellos sentados frente a la puerta.
Museo Rafael Larco Herrera (072-003-005)



Fig. No. 229.- El castigo dentro de la justicia mochica no reconocía jerarquías. Obsérvese un alto jefe o "Alaec" espantosamente mutilado.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (XXC-000-159)